

Foucault fuera de sí

Deseo, historia, subjetividad

Edición: María Emilia Tijoux
Iván Trujillo

Seminarios, Coloquios y Debates Críticos

UNIVERSIDAD
ARCIS

COLECCIÓN SEMINARIOS, COLOQUIOS Y DEBATES CRÍTICOS
UNIVERSIDAD ARCIS

ESCUELA DE SOCIOLOGÍA
MAGÍSTER EN SOCIOLOGÍA POLÍTICA

FOUCAULT *FUERA DE SÍ*
DESEO, HISTORIA, SUBJETIVIDAD

EDICIÓN: MARÍA EMILIA TIJOUX, IVÁN TRUJILLO

Organizado por la Universidad ARCIS y patrocinado por el Instituto Chileno - Francés de cultura y el centro Franco- Argentino de Altos Estudios de la Universidad de Buenos Aires.

UNIVERSIDAD
ARCIS

Santiago de Chile, 2006

©Universidad ARCIS
Editorial ARCIS
Libertad 53
Teléfono: (56-2) 386 6412
E-mail: publicaciones@uarcis.cl
www.uarcis.cl

Director y Editor General: Tomás Moulian
Diseño y Diagramación: Paloma Castillo / Javiera Nieto
Coordinador de Ventas y Distribución: Víctor Hugo Robles

Las fotos pertenecen a Élie Kagan y son del libro de Alain Jaubert y Philippe Artières denominado:
Michel Foucault, une journée particulière, Ediciones Aedelsa, París, 2004.

Santiago - Chile
Registro de Propiedad Intelectual N° 157.929
I.S.B.N.: 956-8114-68-8

Dedicado a Daniel Defert

FOUCAULT, PODER Y PENSAMIENTO

Gonzalo Montenegro Vargas

Existe para Foucault un ámbito en el que es posible reconocer la naturaleza novedosa del pensar o, por lo menos, de la forma en que éste acontece en la experiencia histórica. Las novedades que pueblan los conflictos sociales son, en efecto, la característica central de la historia para nuestro autor. Ahora bien, como lo intenta retratar en sus obras previas a 1980 —que van desde *El nacimiento de la clínica* hasta la *Voluntad de saber*— la singularidad propia del acontecimiento histórico tiene un estatuto difícil de determinar, sobretodo si se piensa que la realidad sociohistórica es precisamente real en cuanto se hace posible situarla en el espacio o en el cuerpo, esto es, en cuanto se haya inscrita en una dinámica de conflicto y poder. Es como si en el carácter propio del pensar, aquél que se haya proyectado no hacia la *episteme* de un periodo determinado, sino hacia lo impensado que hay en él careciera precisamente de lo que da realidad a las cosas, eventos y sujetos: del espacio y del poder.

El espacio, esto es la condición o conjunto de condiciones que permiten la distribución de los cuerpos y los enunciados, se refiere no sólo a las dinámicas que acontecen en el plano material de las cosas, sino también a la expresión y ordenamiento de mensajes al interior de una lengua determinada. El espacio significa en Foucault no sólo el plano sobre el que se proyectan la construcción de ciudades, la instalación de grandes instituciones, sino también la *mesa de disección* (*Las palabras y las cosas*) del pensamiento que permite designar una interioridad reconocible y un marco categorial adecuado a una

percepción del mundo perteneciente a una época determinada; el lugar común (*topos*) presente en el lenguaje de un período histórico. Y es precisamente ahí que Foucault imagina una operación de clasificación que no se detiene y que proyecta hasta lo patológico la repetición incesante de posibilidades de ordenamiento alternas —comportamiento propio de un pensamiento en complejos con que se relacionan lo afásicos. Sería necesario, entonces, reconocer una dualidad que separe al pensamiento epistémico relativo al ordenamiento categorial de una época, del misterio indefinido, inexpresable que se forja a la hora en que los modos de intuir, sentir, percibir y conflictuar se proyectan hacia lo impensado. Esto en el entendido de que ahí radique lo más propio del pensar.

Nuestro autor ha tematizado de varias formas la presencia de una alteridad en el pensamiento que es la que permite precisamente movilizar su fuerza histórica. Lo impensado en las creaciones de la cultura que llevaron a la finalización de cada época (*Las palabras y las cosas*); el Afuera del pensar que exige un trabajo ascético con la propia subjetividad, un descentramiento y extrañamiento radicales respecto de sí (*El pensamiento del Afuera*); la disolución de la alianza entre las palabras y las cosas en un determinado campo del saber (*El nacimiento de la Clínica*). Nos centraremos especialmente en esta última pues creemos es la que permite resolver la aparente falta de realidad y subsecuente dualismo instalado en la obra de Foucault al querer ver como incompatibles la facticidad del poder o del saber y la naturaleza del pensar. La vía esbozada en *Las palabras y las cosas* parece ser un caso particular de la mencionada desarticulación entre palabras y cosas, por lo tanto, es posible pensarla dentro de su horizonte. Lo que escapa ya a nuestro bosquejo presente es la alternativa de indagación presente en *El pensamiento del Afuera*, donde

surge un complicado anuncio de una etapa y planteamiento extraños en la filosofía de Foucault. Donde el ascetismo y particularidad consecuentes con que requiere ser mirado el pensar parecen vaticinar la necesidad de plantear un ámbito ajeno y absolutamente alterno a la realidad del poder y cuyo lugar es la extrañeza, la extaticidad del sujeto.

Atendiendo a lo anterior cabría recordar el intento de Deleuze (*Foucault*) por abordar la disyuntiva que tratamos. Éste opta por conceder al saber el estatuto de concreción de lo que en el poder, entendido como conflicto y falta de lugar, un no-lugar (*Nietzsche, la filosofía, la historia*), tendría nacimiento. Así el poder se mantendría cercano a la realidad del pensamiento entendido como la virtualización de los estados de cosas concretos, donde al poder correspondería la proyección concreta de las novedades forjadas en la virtualización del pensar. Se lo entiende así al pensar como resistencia y como potencial. Sin embargo, la propuesta de Deleuze incurre en varios vicios respecto de la filosofía de Foucault. En primer lugar, da origen a un entendimiento escolar del desarrollo de la filosofía foucaultiana separando su obra en tres períodos claramente diferenciables por la prevalencia de un tema particular: el saber, el poder, la subjetividad; siendo cada uno de ellos al avance hacia la intuición de la realidad del pensar, objetivo último de la indagación foucaultiana. Por otra parte, con ese marco de entendimiento genera una separación, e inclusive, oposición del saber y del poder los que para Foucault nunca ostentaron una diferencia tal. Y, por último, la explicación deleuziana introduce en el pensar una variable nunca muy valorada por Foucault cual es la del tiempo comprendido como duración. En ella solía ver nuestro autor el origen de un desprecio extendido hacia la reflexión entorno al espacio; desprecio que surge con Bergson y del cual es Deleuze insigne

representante. Pensar para Foucault no es sino la apertura, el riesgo y el azar propios de una ausencia del lugar común. Ello indica que no es sólo ausencia del saber entendido como *episteme*, sino también del poder entendido como distribución institucional de mensajes y cuerpos en el espacio. El pensar es más bien la otra cara del saber y del poder, su instante de riesgo, el lugar donde la excesiva luminosidad satura las distribuciones, donde el ruido incesante degenera las palabras. No, en ningún caso resonancias heideggerianas que apuntasen hacia la *Lichtung*, espacio de iluminación del Ser por el que se forja una nueva relación epocal: para Foucault no hay posibilidad alguna para el sentido del Ser, la radical alteridad en que se juegan palabra y cosa, significado y luz impide fraguar una coincidencia capaz de ser expresada auténticamente desde un espacio puro y auténtico abierto a la revelación. *No-lugar*, ausencia de *topos* quiere decir que no hay en el fondo apoyo posible para que los significados lleguen a expresar la luz. Y pensar es precisamente aquello, proyectarse a ventura y riesgo en el ámbito abierto de lo que no tiene protección —la luz puede enceguecer y traer al mundo la locura—, de lo que no tiene sustento —las palabras flotan y reverberan en un rumor seco e incesante. Como vemos, no se trata de la lozanía con que se dona el sentido para el hombre desde una coincidencia originaria entre las palabras y las cosas que queda embozada en el mensaje (que es a la vez iluminación) del Ser, sino por el contrario de la sequedad persistente de palabras que no dicen las cosas y de luces difusas que no iluminan significados.

En el pensar radica la alteridad que permite renovar al saber y volcar, girar, transformar al poder. Gracias al pensar se inicia una nueva época en la cultura (saber), y gracias a él también tienen lugar los nuevos conflictos, las nuevas batallas (poder). Ahora bien, no se trata de que el pensamiento sirva

de sustrato a la transformación del saber y del poder —que es a la vez transformación histórica— pues ello equivaldría a colocarlo como finalidad de cualquier proceso de cambio (*telos*). De hecho, Deleuze parece regirse por esta idea al colocar casi de manera teleológica enfilados uno tras otro al saber, al poder y a la subjetividad (pensar) en el desarrollo de la obra foucaultiana. Por el contrario, se trata más bien de la característica, de la cualidad propia de un poder que en el fondo no es sino incertidumbre azarosa que caracteriza a un conflicto y de un saber que igualmente no se forja sino con las arbitrariedades de una exploración de nuevas posibilidades cercanas a la locura. La ausencia de lugar no refiere, entonces, a una ausencia de espacio, sino a una característica del tránsito histórico precisamente referida a la ausencia de concordias, de tópicos que en el lenguaje hagan posible seguir reconociendo algo como lo que era y en el espacio designando cuerpos como se lo hacía. Ello indica que no se trata de algo opuesto al poder o al saber, sino del conflicto que les caracteriza y que promete una resolución inestable y que por lo mismo no podrá poder fin a los conflictos y luchas, ni tampoco a las transgresiones de la *episteme*. Como queda anunciado muy tempranamente en el pensamiento de Foucault (*El nacimiento de la clínica*) las palabras y las cosas, los significados (lenguaje) y las miradas (luz), las sentencias y los cuerpos no sostienen sino una batalla constante por la cual se forjan determinadas arquitecturas del espacio (que posibilitan la distribución y dominación de los cuerpos) y del pensamiento (que permiten forjar la identidad de una época determinando la línea de separación entre lo mismo y lo otro).

SUJETO Y SUBJETIVIDAD EN FOUCAULT

Jaime Muñoz Cuevas

Se trata de indagar en el pensamiento de Foucault en cuanto a su posición crítica con respecto al sujeto y la subjetividad tal como la filosofía lo ha entendido desde Descartes a Sartre.

En efecto la crítica que Foucault dirige a la filosofía del sujeto se orienta a la conciencia solipsista, autocontituida y libre basándose para ello en el reconocimiento de un “sujeto que se constituye en la *trama de la historia*”.

Sin embargo para Foucault, el sujeto tiene que ser pensado como un objeto históricamente constituido sobre un trasfondo de acontecimientos que le son exteriores y de los cuales no tiene conciencia ni conocimiento verdadero pues este solo es posible en la medida que el mismo se vuelve objeto de conocimiento científico. Importa aquí detenerse a considerar el hecho de que el propio surgimiento de este conocimiento es un hecho que se da en el tiempo por coordenadas históricamente determinadas

Para Foucault es importante saber sobre esa época, sobre las condiciones que hicieron posible que el sujeto adquiriera ese estatuto de objeto del conocimiento.

El sujeto se constituye entonces a través de prácticas de poder y de saber o de técnicas de si pero en ningún caso gracias a una identidad sociológica.

La afirmación de que el sujeto tiene su génesis, una formación en el tiempo pero que no tiene una originalidad propia es visiblemente influenciada por Nietzsche, Blanchot, Klossowski, y sin duda por Lacan.